

UNA NOVELA DE B. LAVRENEFF

Su Excelencia, el general Eugenio Pavlovich Adamoff, profesor de la Academia de Jurisprudencia Militar, es detenido, en su casa, por funcionarios de la Cheka, y llevado a prisión sin saber, precisamente, por qué se ha tomado esta medida contra él, tal vez, sólo por ser un antiguo burgués.

En la prisión, la primera sorpresa, cuando se pasa lista a los cien y tantos detenidos y es llamado a secas, simplemente, Adamoff. Su Excelencia no comprende. Supone que entre los demás apresados puede existir otro Adamoff, porque para él, no es imaginable, siquiera, que se le nombre de tal modo. Por fin, sabe que el aludido es él mismo.

Días y días interminables en la prisión. El comandante de ésta, a quien Adamoff se hace simpático, lo nombra para que pase lista diaria a los detenidos y a los que, cotidianamente, son llamados para sufrir la pena capital. Este insignificante destino le es reprochado por los demás compañeros de prisión—la mayoría, miembros de su misma clase social, exceptuando un par de decenas de criminales recalcitrantes—los que, en forma dura, critican la actitud complaciente de Su Excelencia, el general Adamoff, aislándolo y sosteniendo frente a él un permanente desprecio. Traba, entonces, conocimiento con uno de los criminales detenidos, que tiene su lecho miserable al lado del de Su Excelencia, manteniendo largas conversaciones y sintiendo, acaso, ambos una mutua estimación. El criminal, poco antes de ser fusilado, le obsequia a Su Excelencia un amuleto de oro que guarda con cariño y emoción hasta el día de su propia muerte.

Después de algunos meses de encierro, el general Adamoff es dejado en amplia libertad. Tuvo suerte. En una ocasión, siendo todavía joven, habíase opuesto a que se castigara a un simple soldado, en los viejos tiempos del Padrecito Zar. Los bolche-

viques se lo tomaron en cuenta y a ello, sin duda, se debió su salida de la prisión.

Una vez fuera de ésta, el general se dirigió a su antiguo domicilio. Nueva sorpresa. Había desaparecido su vieja servidora, única persona que con él habitaba, y su casa estaba, ahora, ocupada por gente extraña. De nada sirvieron sus explicaciones. Tuvo que resignarse, simplemente. Hasta sus papeles y objetos más queridos habían sido despedazados o vendidos. Sólo un retrato grande, pesado, de su difunta mujer, se conservaba. Se lo entregaron, y con él a cuestas, y con su tristeza, y con sus sesenta años, se internó en la inmensa noche de la ciudad. Un antiguo amigo, que trabajaba ahora para los rojos, no quiso recibirlo, temió caer en desgracia ante éstos y, además, no creyó que Adamoff había sido dejado en libertad, sino que, al contrario, había huído. Abandonado, con la congoja partiéndole el pecho, con el frío arañándolo intensamente, con la lluvia violenta que lo traspasaba, se dirigió a la casa del comandante de la prisión, la que encontró por casualidad.

Tal vez le tuvieron lástima. Le quitaron sus vestidos mojados, lo arroparon y le dieron una bebida caliente. Reanimose y habló. Deseaba volver a la prisión. Allá, por lo menos, dormiría bajo techo y tendría una mala comida. Pero esto ya no era posible. Ya no existía razón alguna para detenerlo nuevamente. ¿Qué hacer, entonces? Ah, quedarse en casa del comandante. Necesitaba un lecho y un pan diario; por su parte haría lo que le pidieran. Eso era todo.

El comandante recordó que cuando el general Adamoff estaba en la prisión, lo había sorprendido varias veces lavando su propia ropa, de una manera impecable, como una auténtica lavandera. Y ahí estaba la nueva fase del destino de Su Excelencia, el general Eugenio Pavlovich Adamoff, antiguo profesor de la Academia de Jurisprudencia Militar: ser el camarada lavandero...

Poco a poco, acaso con facilidad, fué adaptándose a su

nueva vida. En su interior, bien adentro de su alma, un proceso que había nacido, seguramente en sus meses de prisión, comenzaba a destacarse con nitidez, a evidenciar su presencia y plantearse en el territorio del conocimiento. Era posible. A un nuevo estado de cosas, una nueva vida. ¿Por qué desesperarse? Había que aceptar la dura realidad. (Hay que tener presente que el autor de esta novela, Boris Lavreneff, plantea un caso que muy bien puede ser real, pues ha podido presentarse, pero con intención manifiesta de hacer propaganda al nuevo régimen que impera hoy en ese país. Sin embargo, esto no basta para apreciar los valores humanos que evidencia esta obra. La tragedia de toda una clase social que de dominante ha devenido en dominada: tragedia admirablemente pintada por Lavreneff, lo que sin duda ha sido tomado en cuenta por la Biblioteca Letras para incluirla en su conocida colección).

El general Adamoff estaba ya completamente adaptado a su nuevo y humilde oficio, que cumplía fielmente y con alegría. La desesperación y la amargura no se introducían en su alma saludable y tranquila. Razonaba, y la razón oblitera todas las huellas dolorosas. Porque no era un sentimental y lo esencial era vivir. ¿Que su estado presente no correspondía a sus conocimientos adquiridos durante toda su adolescencia y juventud, ni a la categoría social que tuvo en otro tiempo y durante casi toda su vida? Ya era viejo, y si el destino le había reservado esta cruel sorpresa ¿qué podría hacer él? Conformarse, he ahí todo, pero después de múltiples sacrificios y renunciamientos, después de soportar inauditas congojas y humillaciones. Si la suerte, la buena o la mala, le había impedido morir ¿iba a rebelarse ahora, y a sus años? Había que seguir la trayectoria trazada por el destino.

Un día, llega a la casa del comandante, un alto funcionario del Comisariato de Guerra. Era el año de 1919. Los rusos anti-soviéticos ayudados por los ejércitos vencedores de la Gran Guerra Mundial, imprimían un carácter poderoso y temible a la

ofensiva contra los nuevos gobernantes de Rusia y hacían temblar la estabilidad de los bolcheviques. Se necesitaban, entonces, hombres con la preparación que da la cultura, y que la revolución no podía improvisar ni encontrar en la masa obrera y campesina. El funcionario del Comisariato de Guerra sabe, por casualidad, que en casa del comandante vive un antiguo general y profesor de la Academia Militar. Conversa con Adamoff y le propone que coopere a la labor de los bolcheviques. Adamoff no vacila. Antes de ser un simple lavandero, prefiere desempeñar un cargo que esté más de acuerdo con sus conocimientos, y se va con el jefe soviético.

La acción pasa, ahora, cerca de Petrogrado. Los rusos blancos baten enérgicamente a los rojos que se ven obligados a replegarse. Adamoff, entretanto, está de juez del tribunal revolucionario juzgando a los prisioneros, pero, de pronto, con todo el tribunal y con los defensores del lugar, se ven obligados a huir debido al ataque arrollante de las fuerzas enemigas, y al grito de *sálvese* quien pueda, todos huyen a la desbandada.

Al general Adamoff lo acompaña un guardia rojo que le cede su caballo, facilitándoles la fuga las sombras de la noche. Logran ocultarse en un bosque, donde esperan el amanecer para poder orientarse. Cuando el alba con sus primeras pinceladas comienza a definir la naturaleza, el guardia rojo divisa una aldea cercana que supone está en manos de los revolucionarios y a ella se dirigen. Pero la sorpresa no puede ser más desalentadora, pues la aldea está en poder de los rusos blancos, quienes los hacen prisioneros. El guardia rojo al ver que el general Adamoff es tratado bruscamente por los enemigos, les descubre a estos la categoría de Su Excelencia y es tratado, entonces, con toda clase de consideraciones. Pero Adamoff comienza a perorar que el está con los bolcheviques... etc., etc. El oficial envía a buscar al jefe de la guarnición, quien hace fusilar al general Adamoff junto con el guardia rojo. Ambos mueren gritando «viva la revolución».

Aquí se ve, nuevamente, el propósito de Boris Lavrenoff,

de hacer una obra de propaganda en favor de los soviéticos. Pero, a pesar de esto, *El Séptimo Camarada* es un libro duro, trágico, denso y de alto valor artístico, aspecto por el cual debemos elogiarlo sin reservas.—A. T.



#### UNA OBRA SOBRE LA SITUACIÓN EN EL ORIENTE

Henry Hall, en una obra interesantísima, titulada «*La guerra en el Extremo Oriente*», hace un estudio detallado y completo de la penetración imperialista en el territorio chino, desde su comienzo, o sea, desde la segunda mitad del siglo diecinueve hasta la época presente, en que la lucha por la posesión de la Manchuria se ha agudizado en forma alarmante para la paz universal.

Manchuria—dice Henry Hall—consiste de las tres provincias noroestes de China: Tengtien, Kirin y Heilunghien; en su mayor parte es una vasta planicie ondulante, cuya tierra fértil sirve para el cultivo del trigo, mijo, maíz, cebada y legumbres; pero más importantes son, económicamente, las montañas que franquean Manchuria en el este y el oeste. Son ricas en madera y contienen valiosos depósitos de hierro y carbón. Estas montañas, sobre todo las del este, cerca del borde manchuriano, son muy codiciadas por potencias extranjeras. En el sur, Manchuria toca al mar. Aquí sobresale la provincia de Liaotung, bien dentro del golfo de Pechili, ofreciendo una salida para los productos agrícolas manchurianos, para el hierro, el carbón y la madera. Hay, allí, dos puertos excelentes: Dailen y Puerto Arturo, ambos libres del hielo todo el año y, por tanto, de gran importancia estratégica. Al este y al sur de Manchuria está Corea, y al este de Corea, al otro lado del mar del Japón, está el Japón, la única nación industrializada del Oriente. Al norte de Manchuria, están